

Recordemos la fidelidad de Dios: Alumnos (4/13)

Dr. Justo L. González



Hechos 7
Lecciones Cristianas
27 de septiembre de 2015

Semillas de crecimiento: Recordemos la fidelidad de Dios (alumnos)

4 de 13

Texto impreso: Hechos 7:2-4, 8-10, 17, 33-34, 45-47, 55

Propósito de la lección

Estudiando el discurso de Esteban ante el Concilio, veremos que se muestra insatisfecho con la religión del Templo—no porque el Templo sea malo, sino porque en torno a él se crea una religiosidad satisfecha, que parece contentarse con lo mismo de siempre.

Nuestro propósito será entender el contraste entre el Dios de Esteban y el del Concilio, entre una religión asentada y satisfecha, que no quiere que nada cambie, y la fe en un Dios que, como el Tabernáculo, marcha delante del pueblo.

De ese modo podremos discutir cómo la iglesia y los creyentes hemos de responder a los cambios vertiginosos de nuestros días.

Examen de la Escritura

Casi la totalidad del texto impreso es una selección de unos pocos versículos del sermón o discurso de Esteban ante el Concilio de los judíos (el Sanedrín). En Hechos, ese sermón ocupa desde Hechos 7.2 hasta 7.53, es decir, un total de 52 versículos. Lo que se imprime incluye solo 12 de los 52 versículos del sermón mismo, pero para entenderlos adecuadamente tenemos que

saber algo del contexto del discurso, y de su contenido en general.

En Hechos 6 tenemos la historia de cómo siete personas fueron elegidas para ocuparse de la distribución del apoyo a las viudas. Entre esos siete estaban Esteban, de quien nos ocuparemos en esta lección, y Felipe, a quien Hechos dedica todo el capítulo 8.

Inmediatamente después de contarnos de la elección de los siete, Hechos nos dice que Esteban se destacó por los “prodigios y señales” que hacía (Hch. 7.8), y que por eso se ganó la enemistad de los miembros de varias sinagogas. Estos se confabularon para acusar a Esteban, sobornaron testigos, e hicieron comparecer a Esteban ante el Concilio, bajo acusación de hablar contra el Templo y contra la Ley.

En Hechos 7.1, el Sumo Sacerdote le pregunta a Esteban si es cierto que ha dicho lo que sus acusadores declaran. Es en respuesta a esto que Esteban predica su sermón, que por fin lleva a su martirio.

Cabe notar que no se suponía que Esteban predicara. Al elegir a los siete, los doce habían decidido que los siete se dedicarían a la administración de los bienes recibidos para los pobres, y ellos—los doce—se encargarían de la predicación. Pero casi inmediatamente las circunstancias llevan a Esteban a predicar, y Esteban, quien no se supone que predique, predica el sermón más largo de todo el libro de Hechos. ¡Es cosa para pensar! Los apóstoles proponen una cosa, pero el

Espíritu produce otra.

Como bien puede verse en los versículos seleccionados en el texto impreso, buena parte del discurso de Esteban es un resumen de la historia de Israel, empezando por Abraham, y pasando luego a José, Moisés, y la peregrinación por el desierto, hasta llegar, como el texto impreso dice, a Salomón y el Templo.

Un tema que sobresale en todo el discurso, como bien dice el título de la lección de hoy, es la fidelidad de Dios para con su pueblo a través de los siglos.

Pero hay otros dos temas que deben mencionarse. Uno de ellos es cómo Dios escoge a los rechazados (José y Moisés en particular) y hace de ellos instrumentos especiales de su poder.

Hacia el final del sermón, Esteban hará ver que Jesús, a quien ellos rechazaron y mataron, es “el Justo” por quien Israel había esperado por largo tiempo. El otro es el contraste entre el Tabernáculo, que iba delante del pueblo en el desierto, y el Templo que Salomón construyó. El v. 47, que se incluye en el texto impreso, se refiere al Templo, e inmediatamente, en el v. 48, Esteban declara que “el Altísimo no habita en tiempos hechos de mano”.

El resto del texto impreso, el v. 55, que es también nuestro versículo clave, nos indica el resultado del sermón de Esteban. Su fidelidad es recompensada con una visión de los cielos abiertos, y de Jesús a la diestra de Dios, y a esto sigue su martirio (véase Hch. 7:54-60).

Aplicación de la lección

Dos elementos sobresalen al leer el discurso de Esteban. Por un lado, Esteban respeta y es fiel a su tradición. Por el otro, Esteban está dispuesto a reinterpretar esa tradición misma en términos que le siguen siendo fiel.

Veamos lo primero: El discurso de Esteban es un resumen de la historia de Israel—o más bien, de la historia de las acciones de Dios en pro de Israel. Comenzando por Abraham, Esteban cuenta lo esencial de esa historia: Abraham, los Patriarcas, José, la esclavitud en Egipto, Moisés, la peregrinación en el desierto. Su actitud hacia toda esa tradición es respetuosa, pues ve en ella la mano de Dios. También se muestra respetuoso hacia quienes sostienen esa tradición, llamándoles “padres y hermanos”.

Pero Esteban conoce esa tradición lo suficientemente bien como para saber que hay en ella tensiones. Una de esas tensiones está entre la tradición del desierto, cuando el pueblo marchaba cada día en pos del Tabernáculo de Dios, y la tradición sedentaria de la tierra, cuando el pueblo dejó de seguir el Tabernáculo y comenzó a adorar en el Templo de Salomón.

Es ahí donde está el contraste entre la fe de Esteban y la del Concilio. Para él, Dios es un Dios de peregrinos, que marchan siempre delante del pueblo de Dios. Para ellos, Dios sencillamente habita en su Templo esperando que vayan a adorarlo.

El contraste es tan serio, que lleva por fin a la muerte de Esteban.

Esa tensión entre la religión, por así llamarla, “del Templo” y la religión “del Tabernáculo” había existido por largo tiempo en la historia de Israel, y ha continuado existiendo en la historia de la iglesia. Por un lado, la iglesia siempre quiere asentarse, pensar que ya llegó, que es hora de descansar y gloriarse en el pasado. Por otro lado, siempre ha habido en la iglesia un impulso que la lleva hacia delante, hacia nuevas aventuras, hacia un futuro desde donde Dios le llama.

Esto quiere decir que, como en el caso de Esteban, podemos y debemos respetar la tradición sin dejar que nos amarre, sino viendo en ella destellos de nuevos llamados de Dios.

Vivimos en tiempos de enormes cambios. Los cambios que mi nieta ha visto en sus siete años de vida son más que los que vio mi abuelo en sus noventa y dos años. Mi padre se enteró de la Revolución Rusa al año siguiente de haber ocurrido. Hoy Putin habla y puedo verle hablando “en vivo”—es decir, inmediatamente.

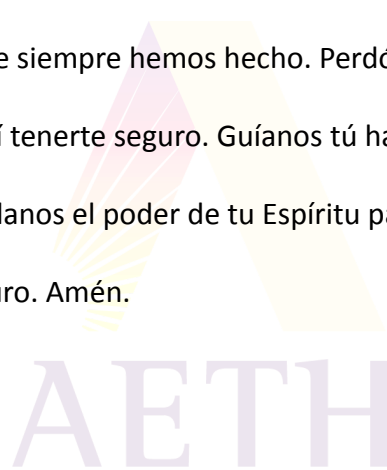
Esos cambios producen tensiones en la iglesia. Unos quieren que todo siga como antes. Para ellos, la iglesia parece ser el último refugio de estabilidad—y hay que respetar tales sentimientos, como Esteban respetaba a los “padres” del Concilio. Pero lo cierto es que el Dios que, como dice Esteban, “no habita en templos hechos de manos humanas” no es un Dios que se contente con estar ahí, sin moverse y sin mover a su pueblo. El Dios del Tabernáculo va

delante del pueblo, llamándole desde un futuro que, como el desierto de Sinaí, nos puede parecer amenazador, pero donde ya está Dios, preparándonos lugar, llamándonos a nuevas aventuras de fe.

¿A qué aventuras de fe nos estará llamando Dios hoy?

Oración

Dios nuestro, Señor de todos los tiempos, el futuro nos asusta, y quisiéramos refugiarnos en el pasado, en lo conocido, en lo que siempre hemos hecho. Perdónanos el que quisiéramos encerrarte en el Templo, para allí tenerte seguro. Guíanos tú hacia el futuro, como guiaste al pueblo desde el Tabernáculo. Y danos el poder de tu Espíritu para seguirte. Por Jesucristo, nuestra esperanza y nuestro futuro. Amén.



AETH